Junio de 2011, N.º 882 de la versión original

INTERNATIONAL REVIEW of the Red Cross

Entrevista con Ali Ahmad Jalali*

Profesor Distinguido en la National Defense University, Washington, DC.

Para este número dedicado a los grupos armados, la International Review consideró importante dar la palabra a una persona que pudiese referirse a los grupos armados desde una perspectiva interna. El ministro Ali Ahmad Jalali, que actualmente es Profesor Distinguido de la National Defense University, en Washington, DC, está en inmejorable posición para hacerlo, en el contexto de Afganistán: luchó con los muyahidines durante la guerra contra la Unión Soviética; es ex coronel del Ejército Nacional Afgano; y, entre 2003 y 2005, se desempeñó como ministro del Interior de Afganistán. El ministro Jalali ha publicado numerosas obras sobre cuestiones políticas, militares y de seguridad relacionadas con Afganistán, Irán y Asia Central.

***

En base a su experiencia como antiguo miembro de los muyahidines y ex ministro del Interior, ¿puede hacer una comparación entre la actual oposición armada y los muyahidines?

En el terreno, los enfrentamientos tal vez sean los mismos pero, desde el punto de vista político y estratégico, estos dos conflictos son muy diferentes entre sí.

Cuando los muyahidines combatían la ocupación de Afganistán por los soviéticos, contaban con el respaldo de casi toda la comunidad internacional, que apoyaba a la oposición armada de ese momento.

El objetivo de la invasión soviética era sostener en el poder a un régimen impopular y resistido por la población. Incluso antes de la invasión, hubo un levantamiento contra el intento del gobierno comunista de Afganistán de imponer su

* Esta entrevista fue realizada el 8 de junio de 2011 en Washington, DC, por Vincent Bernard, Redactor jefe de la *International Review of the Red Cross*, y Michael Siegrist, Redactor adjunto.

lamentable ideología en el país. Fue una especie de alzamiento nacional. Por ende, esa invasión fue muy distinta de la actual. Los muyahidines eran populares.

Las facciones recibieron mucho apoyo en Afganistán, pero el problema era que estaban fragmentadas; no contaban con un comando unificado ni con un liderazgo político conjunto. Sus acciones eran más tácticas que estratégicas.

Otra diferencia radica en el hecho de que, en ese momento, el mundo estaba en plena Guerra Fría; se libraba una confrontación bipolar en una situación mundial bipolar. Afganistán fue el último campo de batalla de la guerra fría: fue una guerra entre superpotencias. Los países que ayudaban a los muyahidines en realidad defendían sus propios intereses. Muchos países occidentales apoyaban a los muyahidines porque creían que éstos podían asestar un golpe a la Unión Soviética en Afganistán. Pensaban que la Unión Soviética no iba a cejar hasta convertir a Afganistán en otro país satélite, que no se daría por vencida fácilmente y que la guerra sería larga. Estimaron que sólo los fundamentalistas, los grupos religiosos, podían combatir a los soviéticos de manera eficiente porque se empeñarían en hacerlo a lo largo de varias generaciones. Occidente pensaba que ni siquiera los nacionalistas tendrían el mismo fervor ideológico que los impulsara a continuar y prolongar la guerra.

Por estas razones, se tendía a favorecer a los grupos fundamentalistas. Y entonces, todos los extremistas religiosos que deseaban apoyar una causa, una causa religiosa, se dirigieron a Afganistán. Éste fue el origen de los problemas que sobrevinieron cuando la Unión Soviética abandonó Afganistán. Era ese tipo de guerra.

Hoy, la situación es muy diferente. La intervención internacional que tuvo lugar en Afganistán en 2001 era de carácter totalmente opuesto a la intervención soviética. Los soviéticos fueron a *sostener* un régimen impopular resistido por el pueblo; en 2001, la comunidad internacional fue a *eliminar* un régimen impopular resistido por el pueblo o, al menos, por una parte de Afganistán.

Uno de los indicios que permitían pensar que se trataba, nuevamente, de un levantamiento popular es que, aunque la fuerza de la intervención estaba compuesta por sólo unos pocos centenares de efectivos terrestres de la comunidad internacional, a tan sólo dos meses de su llegada, la red de Al Qaeda quedó desmantelada y el régimen talibán había colapsado. El pueblo deseaba eliminar a ese régimen y la comunidad internacional vino a apoyar esa aspiración.

Otro indicio que da cuenta del carácter del levantamiento es que, durante la ocupación soviética de Afganistán, casi cinco millones de afganos dejaron el país en carácter de refugiados, mientras que, tras la intervención de la coalición encabezada por Estados Unidos, más de cuatro millones[1] regresaron a Afganistán. Durante la ocupación soviética, las fuerzas ocupantes trataron de imponer el dogma comunista desde el gobierno; durante la intervención de la coalición en Afganistán, no se intentó imponer ninguna ideología.

Por estas razones, los grupos armados eran más aceptables para el pueblo afgano y recibieron más atención y apoyo del mundo exterior durante la ocupación

1 Nota del Redactor: La cifra exacta sigue sin conocerse con exactitud. Véanse, por ejemplo, las estadísticas sobre Afganistán del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), en: http://www.unhcr.org/cgi-bin/texis/vtx/page?page=49e486eb6 (consultadas el 21 de septiembre de 2011).

soviética. Hoy, la situación se ha invertido: los talibanes son repudiados en todo el mundo y cuarenta o más países luchan contra ellos en Afganistán.

¿Qué cambios observa usted en los métodos y tácticas de la oposición armada de hoy, en comparación con los de los muyahidines?

Algunas de las tácticas son básicamente las mismas, al menos en lo que se refiere a las incursiones, las emboscadas o los ataques puntuales. Sin embargo, gracias a su estrecha relación con las organizaciones extremistas de carácter internacional como Al Qaeda, los talibanes reciben ayuda técnica más avanzada de las redes terroristas exteriores. Debido a este factor, han aparecido nuevas prácticas. Hasta hace poco, los atentados suicidas no se conocían en Afganistán; ahora, se están transformando en una nueva arma. Las bombas y los artefactos explosivos improvisados se utilizan de una manera más premeditada. Durante la ocupación soviética de Afganistán, rara vez se cometieron actos de terrorismo. Los afganos querían luchar contra la Unión Soviética cara a cara; no mataban mujeres, no decapitaban a las personas. Esto es lo que hoy hacen los talibanes.

Hoy, las tácticas son más radicales, más brutales; al mismo tiempo, están vinculadas con el movimiento mundial de la yihad. Ese movimiento utiliza las insurgencias locales para promover sus planes y, a su vez, las insurgencias locales aprovechan la ayuda que reciben para impulsar los propios. Durante la ocupación soviética de Afganistán, esa vinculación no existía.

¿Cree usted que el aspecto logístico y la elección de las armas disponibles también tienen importancia, o no hay diferencias fundamentales entre los grupos armados en ese sentido?

Los métodos que utilizan los talibanes y sus asociados están destinados a sembrar el terror en la población, particularmente en momentos en que el gobierno carece de fuerza para protegerla. Es precisamente por esa razón que las tácticas basadas en el terror tienen efectos psicológicos en la población. Mientras los afganos crean que el gobierno no puede protegerlos, cooperan con los talibanes o los toleran; en ciertos casos, simplemente se constituyen en espectadores pasivos, sin apoyar al gobierno. En su mayoría, los afganos no quieren que vuelvan los talibanes.

Durante el período de los muyahidines, casi todos estaban deseosos de que triunfaran. Pero, en ese momento, los muyahidines no empleaban estas tácticas brutales y la gente los podía ayudar abiertamente o apoyar sus operaciones. Hoy, debido al miedo, al terror que se esparce entre la población, ésta en realidad no desea hacer frente a los talibanes en nombre de un gobierno que es incapaz de protegerla.

¿Cómo describiría usted las diferencias entre las estructuras y organizaciones de los grupos?

En algunos casos, su estructura es similar. Veamos la organización vertical y horizontal de estos grupos armados: en sentido vertical, hay una jerarquía, una organización y una ideología; en sentido horizontal, hay varios grupos y facciones que luchan por razones distintas.

Los talibanes cuentan con una o más estructuras de mando conocidas. Verticalmente, todos responden a la misma cadena de mando o tienen la misma afiliación política. Pero, en el plano horizontal, luchan por razones diferentes y utilizan esa afiliación política vertical para ganar legitimidad.

Durante el período de los muyahidines, no había dimensiones verticales compartidas por las siete facciones: cada una contaba con su propio tipo de jerarquía, y los grupos iraníes tenían la suya. Los combatientes luchaban sencillamente porque consideraban que era correcto hacerlo. Lo que realmente unía a los afganos era la hostilidad hacia los soviéticos y la ideología comunista; ésta era la fuerza que los impulsaba. Nadie quería llegar a un compromiso con respecto a eso. Ésta era la razón por la que todas esas facciones fragmentadas y grupos descentralizados luchaban contra un enemigo común.

Las siete facciones en Pakistán sólo impartían a sus grupos orientaciones generales; las grandes decisiones tácticas y operacionales se adoptaban in situ. Era una guerra a nivel de aldeas; hoy no es así. En ese momento, cada aldea luchaba por su propia cuenta, porque creía que era lo correcto. La actual no es una guerra de aldeas sino una guerra provincial o una guerra territorial más amplia. Esta guerra es una guerra nacional, la guerra de toda una nación. Incluso podría decirse que es una guerra regional.

En su opinión, ¿esa fragmentación fomentó las hostilidades o las obstaculizó?

Toda la yihad contra la Unión Soviética en Afganistán fue, como he dicho, una guerra descentralizada, una "guerra a nivel de aldeas".

Como tal, tenía puntos débiles y fuertes: su fuerza residía en la estrecha relación entre los combatientes y su lugar de origen; ellos defendían sus hogares, luchaban por ellos. En segundo lugar, al no existir una estructura centralizada, los soviéticos, para derrotar a los dirigentes y destruir la resistencia tenían que pelear aldea por aldea pero, cuando destruían una aldea, ésta volvía a levantarse en armas. ¡No les faltaban enemigos! Se decía que ésta era la guerra de los mil cortes [por referencia a la tortura china].

Entre las debilidades de los muyahidines, la primera era que no podían explotar los éxitos tácticos ni transformarlos en triunfos operacionales y estratégicos. Como no había ninguna conexión entre todas sus pequeñas ventajas, no era posible transformarlas en grandes logros operacionales y estratégicos. Además, no había visión de futuro: cuando los soviéticos se vieran obligados a irse, ¿qué harían los muyahidines? Muchos creían que, una vez que se fueran los soviéticos, las facciones lucharían entre sí porque no podrían llegar a un acuerdo sobre el tipo de gobierno, las políticas o el tipo de conducción que era preciso establecer.

En segundo lugar, como competían entre sí, las facciones siempre toleraban la corrupción, a fin de evitar que los miembros corruptos defeccionaran y se pasaran a otra facción. La corrupción que se observa en Afganistán hoy proviene de esa época; allí se inició la actual cultura de la impunidad.

Una tercera debilidad era que, en muchas regiones, había luchas internas entre los muyahidines a causa de los excesos cometidos por algunos de ellos. Por

ejemplo, en la provincia de Helmand, dos facciones, Harakat-e-Inqelab-Islami y Hezb-e-Islami, se enfrentaron con brutalidad durante muchos años. Del mismo modo, las facciones Jamiat-i-Islami y Hezb-e-Islami lucharon entre sí en algunas zonas del norte del país.

Las luchas internas o las batallas por el poder también tenían el propósito de ganar el control de una zona y de los recursos económicos lucrativos. Sin embargo, pese a todo esto, lo que prevalecía era la hostilidad contra los soviéticos.

Algunas personas deseaban utilizar a los soviéticos para combatir a otras facciones, ¡pero esto no les impedía luchar simultáneamente contra ellos!

Usted dice que los muyahidines contaban con el respaldo de la población. ¿Cuál fue la reacción de los soviéticos a ese apoyo?

La forma en que los soviéticos intentaron privar a los muyahidines del apoyo local es otra diferencia entre la situación de entonces y la actual. Los soviéticos querían dos cosas: primero, destruir el apoyo a los muyahidines y segundo, inducir a la gente a que dejara el país o se trasladara a las ciudades, que eran más fáciles de controlar.

Para hacerlo, aplicaron la idea de Mao Tse Tung de que los guerrilleros viven entre la población como los peces en el mar. Querían drenar el agua para matar a los peces. Así pues, durante la ocupación soviética, entre un millón y medio y dos millones de afganos perdieron la vida a causa de los bombardeos de saturación de las zonas rurales y de operaciones masivas de acordonamiento y destrucción.

En las ciudades donde podían controlar a la población, los soviéticos hicieron grandes esfuerzos por ganarse los corazones y las mentes de los habitantes; les prestaban ayuda y les daban cupones para permitirles vivir allí. Afuera de las ciudades, en las zonas que no podían controlar, empleaban la violencia.

Cuando la Unión Soviética comenzó a devastar las campiñas para privar a los muyahidines de apoyo logístico y popular, éstos establecieron *markaz* (lugares fortificados) o bases en las zonas destruidas.

Establecieron pequeñas bases de montaña, como Sharafat Koh, en Farah, para respaldar las operaciones a larga distancia, porque la campiña había sido destruida. Para mediados del decenio de los ochenta, algunas zonas estaban tan devastadas que, para lanzar una incursión, los muyahidines se veían obligados a salir de sus zonas de preparación o de sus bases externas llevando todo consigo, incluso los alimentos; les resultaba muy difícil resistir un ataque. Comenzaron a luchar empleando las tácticas que, en mis obras, he denominado "ataques cortos y huidas largas". Los combatientes recorrían grandes distancias a pie para atacar un puesto, y regresaban para reaprovisionarse.

¿Cómo veía usted el papel de las organizaciones humanitarias en el conflicto con los soviéticos?

Las organizaciones humanitarias fueron muy útiles pero, más tarde, sus servicios fueron aprovechados por miembros de la resistencia que eran mucho más fuertes. En muchas zonas y lugares, el apoyo a las organizaciones era condicional:

"tú me ayudas y yo te protegeré", o algo parecido. Sin embargo, pienso que no todas las organizaciones humanitarias llegaron hasta las poblaciones necesitadas porque, en muchas zonas, los grupos muyahidines locales se transformaron en el gobierno sustituto e influyeron en las organizaciones para que proporcionaran ciertos servicios básicos que el gobierno no podía prestar.

Creo que la asistencia humanitaria puede desplegarse en zonas donde las organizaciones de ayuda se sienten seguras. Hay seguridad física cuando los grupos armados aceptan o apoyan a las organizaciones. Pero, lamentablemente, el apoyo de los grupos armados locales a los organismos de ayuda es a menudo muy selectivo. Probablemente lo acepten sólo si les ayuda a promover sus propios planes. Por esta razón, aunque la asistencia humanitaria tendría que mantenerse separada de las operaciones militares, en muchos casos ello no es posible, por dos razones: primero, porque debido a la inseguridad, en algunas zonas, los únicos que pueden proporcionar ayuda humanitaria son los militares, y segundo, porque durante las operaciones militares, los militares quieren que esas operaciones se vinculen con la ayuda humanitaria, para facilitar su éxito.

En una zona de conflicto, normalmente hay dos bandos que luchan entre sí y una población numerosa en el medio. Si una parte controla la zona y presta servicios en ella, esos servicios son militarizados, por lo cual, de uno u otro modo, mostrarán un sesgo. Creo que las condiciones ideales se dan cuando ambas partes dicen: "Permitiremos la prestación de asistencia humanitaria, la dejaremos pasar y no la controlaremos". Pero es muy difícil que eso suceda. De alguna manera, siempre hay quien trata de controlar la ayuda.

No obstante, la mejor forma de ayudar a la población en una zona de conflicto es permitir que las organizaciones neutrales presten asistencia en todo momento. En ese sentido, el CICR ha desempeñado en Afganistán un papel muy, muy eficaz.

Hoy, la oposición armada ha elaborado su propio código de conducta[2]. ¿Tenían los muyahidines un código de conducta o un instrumento similar?

El movimiento muyahidin estaba fragmentado y la conducta de sus miembros variaba según el lugar. Por ejemplo, las facciones de los muyahidines en Pakistán no podían controlar el comportamiento de sus grupos en Afganistán; se trataba de una organización muy descentralizada. La conducta dependía de la persona responsable de una zona determinada. Había comandantes buenos, que se atenían a ciertas normas y trataban bien a la población y, en algunas partes de Afganistán, había otros que no eran tan buenos. Abusaban de su poder y eso daba lugar a que, en algunas regiones, los pobladores se incorporasen a las milicias gubernamentales para luchar contra los muyahidines.

Debido a los excesos o a las atrocidades de los muyahidines, algunas personas huyeron, sea a Pakistán y a Irán, o a ciudades importantes. Muchos afganos

2 V. "La Layha para los muyahidines: análisis del código de conducta para los combatientes talibanes en el marco del derecho islámico", en *International Review of the Red Cross*, N.º 881, marzo de 2011, pp. 103–120.

se trasladaron a las ciudades porque no podían soportar la vida bajo el control de ciertos grupos muyahidines.

Los abusos o los crímenes rara vez eran castigados porque, como dije, había siete facciones y ninguna de ellas —a excepción de algunos grupos— deseaba tratar a sus miembros con severidad porque temían que se produjesen defecciones, y la mayoría de las facciones deseaba conservar a todos sus hombres, fueran buenos, malos o feos.

Indudablemente, hubiera sido útil contar con un código de conducta. Yo mismo tuve la ocasión de comprobarlo más tarde, cuando me uní a la lucha contra la insurgencia. En una guerra de insurgencia/contrainsurgencia, las dos partes opositoras son sólo dos minorías. La población constituye la mayoría y está entre los dos opositores. Gana el premio la parte que se granjea el apoyo —los corazones y las mentes— de la población.

Si se analiza la población afgana de hoy, se observa que sus corazones y sus mentes están divididos entre las dos fuerzas opuestas. En su corazón, los afganos no apoyan el retorno de los talibanes pero, en su mente, toman decisiones prácticas basadas en los posibles beneficios. En mi opinión, hay que procurar ganarse los corazones y las mentes al mismo tiempo. Lo que quiero decir es que se puede ganar el corazón de una persona pero, al mismo tiempo, hay que protegerla, para ganarse también su mente.

En esos tiempos,¿ los muyahidines conocían el derecho de los conflictos armados?

Creo que los muyahidines recurrían a diversas fuentes. Una de ellas era la sharia islámica, que establece los principios rectores para el trato con la población. Otra fuente era el derecho consuetudinario, tribal y no tribal, de las distintas regiones. Y la tercera consistía en una especie de continuación residual de las leyes instauradas por los anteriores gobiernos.

En mi opinión, el derecho de los conflictos armados es importante sólo cuando se trata con poblaciones instruidas. ¿Para quiénes combatían esos muyahidines en Afganistán? Muchos de ellos eran aldeanos; nunca habían oído hablar de las leyes de su propio país, mucho menos del derecho internacional ni de los Convenios de Ginebra. Nadie tenía conocimiento de eso, salvo algunas personas, las instruidas; pero los demás se atenían a las fuentes jurídicas que mencioné precedentemente. Hay que tener en cuenta que los jueces y encargados de mantener el orden público ya no estaban. La población sólo conocía la ley de la sharia y los miembros influyentes de las tribus conocían el derecho consuetudinario: pues bien, eso era todo lo que había.

En base a su experiencia, ¿cómo evalúa las actuales tendencias en la evolución de los grupos armados?

Los grupos armados no sólo abarcan a los talibanes, a la red Haqqani o a Hezb-e-Islami. Hay redes no estatales patrocinadas por personajes poderosos dentro y fuera del gobierno de Afganistán, como ciertas milicias y los restos de las viejas agrupaciones muyahidines como Jamiat-i-Islami y otras. Están también las redes de

narcotráfico y las viejas facciones, así como los antiguos grupos armados disfrazados de empresas de seguridad privadas, que se legitiman haciéndose pasar por tales. Por otra parte, están todas las personas en Afganistán que contratan guardaespaldas. Éstos tienen vínculos muy estrechos con la persona a la que sirven. Algunos particulares tienen hasta 150 guardaespaldas. Y están también los grupos armados ilegales o los ejércitos privados; obviamente, ahora no luchan entre sí, pero están armados, lo cual socava la eficacia y la autoridad de las instituciones formales, como la policía, las fuerzas armadas y otros, porque las instituciones del Estado también mantienen vínculos informales con algunas de estas redes.

Lo mismo puede decirse con respecto al uso de fuerzas policiales locales. Si se crea una fuerza policial local en determinado lugar, ¿quién la controla? La persona que, gracias a sus armas y su dinero, tiene poder en ese lugar. Lamentablemente, debido a los últimos treinta años de inestabilidad y también al surgimiento de estas redes de patrocinio, la estructura social de Afganistán ha experimentado muchos cambios. Los líderes tradicionales ya no están al frente de las comunidades; ahora, los hombres fuertes locales son los que tienen armas y dinero, o los que tienen vínculos con los insurgentes y acceso al dinero extranjero.

Actualmente, ¿cuáles son los riesgos principales que afronta Afganistán?

Creo que los riesgos principales son la continuación de la insurgencia, la debilidad del gobierno, la inestabilidad del entorno y la corrupción. La corrupción ha pasado a ser una actividad de bajo riesgo en un entorno de alto riesgo. En una situación incierta, lo que las personas quieren es salvaguardar su futuro. Por estas razones, si hoy las autoridades nombran a un oficial de policía y éste no sabe cuánto tiempo ocupará el cargo ni cuál será la situación mañana, no vacilará en acumular algo de riqueza de manera ilegal, para las épocas de vacas flacas.

¿Cuáles son las diferencias entre la retirada de los soviéticos y la gradual salida de las tropas multinacionales en la actualidad?

Creo que, en este sentido, habría que reflexionar sobre algunas cuestiones. En primer lugar, durante su permanencia en Afganistán, los soviéticos establecieron un ejército, una policía y un servicio de inteligencia muy fuertes. En comparación, la estructura de hoy no es tan completa. Tomemos tan sólo el ejemplo de la fuerza aérea: en aquellos momentos, la fuerza aérea afgana era una de las más poderosas de la región; hoy, en cambio, Afganistán carece por completo de fuerza aérea. Si se analiza el equipamiento, este ejército parece mucho más débil que el que dejaron en Afganistán los soviéticos al retirarse. Sin embargo, esa época era diferente desde el punto de vista ideológico. En mi opinión, la proximidad del fin de la Guerra Fría y del colapso de la Unión Soviética motivaban a las personas que estaban en el gobierno a levantarse contra la autoridad central y a cooperar con los muyahidines.

Hoy, no se observa esa reacción. En primer lugar, porque el ejército tal vez no sea tan fuerte como entonces, y existe la posibilidad de que, cuando Estados Unidos se retire de Afganistán, estalle una guerra civil. Pero, sobre todo, no hay posibilidad alguna de que las fuerzas internas o las gubernamentales se alíen

con los talibanes. En segundo lugar, no creo que Estados Unidos y la comunidad internacional simplemente se vayan y cierren la puerta. Creo que pasará un largo tiempo antes de que la comunidad internacional retire por completo sus fuerzas de Afghanistán. Y, por último, cabe señalar que la Guerra Fría ya ha terminado.